TERCER ACTO

El Rey escoge a Israel
—
Redención iniciada

ESCENA 1: UN PUEBLO PARA EL REY

GÉNESIS: LOS ORÍGENES DE ISRAEL

El pecado desatado y la respuesta de Dios

Cuando Adán y Eva fueron alejados de su hogar en Edén, no dejaron de ser lo que Dios había creado. El efecto de la caída en todos nosotros no implica que dejemos de ser humanos; aún continuamos en la imagen de Dios (Gn 5:1; 9:6), pero nuestra rebelión ha afectado profundamente la forma en la que somos humanos. Así, Adán y Eva continuaron casados aun después de su pecado y Eva dio a luz dos hijos saludables. Estos cuatro llegaron a ser una familia, como Dios lo había planeado para ellos antes de la caída.

Pero conforme la historia continúa en Génesis 4, el terrible cambio en el corazón humano se hace evidente.

Caín y Abel son los primeros hermanos: Caín es agricultor y Abel es pastor. En lugar de disfrutar del compañerismo y el apoyo del uno al otro en sus diferentes trabajos, Caín arde en celos hacia Abel. Esto llega a un punto crítico cuando cada uno de los hermanos hace una ofrenda a Dios: La de Abel es aceptada, pero la de Caín es rechazada, evidentemente a causa de la maldad que está dentro de él. El resentimiento de Caín se recrudece. Caín invita a Abel a ir a una caminata a uno de sus campos y allí asesina a su hermano. Lo impensable ha sucedido. La familia que Dios había pensado que fuera la fuente de compañía y gozo ha llegado a ser un lugar de celos, ira y asesinato.

En respuesta al horror de este asesinato, podríamos esperar que Dios destruyera todo inmediatamente. Pero el buen orden que Dios ha establecido para su creación, permanece. Caín se casa y tiene un hijo llamado Enoc; él y su familia aún son seres humanos creados a la imagen de Dios, pero el relato demuestra claramente que los humanos tienen ahora una terrible tendencia a causar estragos en sí mismos y en otros. La vida familiar y otras buenas dádivas pueden ser fuentes de dolor y venganza.

Es con este trasfondo que necesitamos comprender los eventos que siguen: Caín construye una ciudad y la gente comienza a desarrollar la cultura en muy diferentes direcciones (Gn 4:17-22).

«Cultura» es el nombre que damos a las actividades organizadas en la sociedad, tales como hacer música, construir casas o establecer estructuras económicas o políticas. En Génesis 4, leemos acerca de Caín (quien construyó la ciudad llamada Enoc), Jabal (el antecesor de los que viven en tiendas y cuidan ganado), Jubal (el antecesor de los que tocan la lira y la flauta), Tubal-Caín (quien hizo

toda clase de herramientas de bronce y hierro) y de Lamec (quien escribió poesía). No debemos asumir que toda esta actividad cultural es resultado del pecado, al contrario, estos logros culturales se producen cuando los hombres y las mujeres desarrollan el potencial con el que Dios hizo a la creación. Tales actividades son en esencia buenas, no malas. Como vimos en el primer acto del relato, la actividad cultural es una vía fundamental en la cual podemos servir y glorificar a Dios. Sin embargo, en el contexto de Génesis 4 se nos recuerda que los seres humanos pecadores pueden desviar las buenas actividades culturales.

Sabiendo lo que sabemos acerca de Caín, nuestros corazones se deprimen mientras lo imaginamos construyendo y controlando una ciudad, aunque construir una ciudad es una parte importante del desarrollo del potencial que es inherente a la creación. No es correcto pensar que la meta de Dios para la creación se conforma en ser solamente un parque rural primitivo; Dios también desea que se desarrollen ciudades. Pero el hecho de que Caín es el que desarrolla la primera ciudad nos alerta de la posible corrupción sobre la intención original de Dios. Como sabemos muy bien, las ciudades pueden convertirse en lugares de miseria y opresión, así como en lugares donde la cultura humana florece. ¿Cómo afectó la ira y los celos de Caín a la vida dentro y fuera de la ciudad a la que nombró en honor a su hijo Enoc? El desarrollo cultural de la ciudad, que en sí misma es potencialmente una buena muestra del mandato a la humanidad de desarrollar la creación, comienza con un hombre que ya ha mostrado su desprecio por la suprema regla de Dios.

La poesía es un maravilloso regalo de Dios y la Biblia contiene muchas canciones y poemas que muestran la belleza y el poder del lenguaje en obediencia al orden de Dios. Lamec es el primer poeta en la Biblia, pero en su

poema, el don maravilloso de Dios ya ha sido torcido convirtiéndose en un instrumento para amenazar con venganza y con violencia: «Si Caín fue vengado siete veces, entonces Lamec setenta y siete veces» (Gn 4:24). Lamec altera el regalo del lenguaje poético de tal forma que ignora o niega la regla de Dios para la creación y el rol de Dios como el Dador.

Por medio de una genealogía, el quinto capítulo de Génesis nos cuenta la historia de la raza humana desde Adán a través de otro hijo, Set, y a través de otro Lamec, hasta Noé. Noé significa «descanso» y la mayor esperanza de su padre Lamec es que a través del nacimiento de Noé, Dios conceda a los seres humanos, descanso de las dificultades del trabajo en la creación caída (Gn 5:28-29). Pero las cosas no mejoran para la creación, al menos no al principio.

Génesis 6:1-8 nos cuenta el relato de cómo el mal alcanza un clímax en medio de la humanidad y cómo Dios decide destruir el mundo por medio de un gran diluvio y comenzar de nuevo. Noé será como un nuevo Adán. Él traerá una nueva posibilidad de descanso, como Lamec esperaba, pero solamente después de un terrible juicio. El diluvio que Dios enviaría sobre la tierra sería catastrófico y universal, una forma de «des-creación». Enormes cantidades de agua inundan todo mientras «las fuentes del gran abismo se reventaron», y llovió continuamente por cuarenta días (Gn 7:11-12).

Pero aunque el juicio contra el pecado sería terrible, aun así Dios tenazmente cumple su compromiso de gracia con la creación. Dios le dice a Noé lo que acontecerá y le instruye acerca de construir un arca en la cual Noé, su familia extendida y dos de cada una de las clases de animales de la tierra serían librados del diluvio. Personas *y* animales. ¿Por qué meter a todos estos olorosos animales

al arca? Porque la salvación de Dios no se limita a la raza humana: abarca toda la creación, incluyendo a los animales (Ro 8:21). El pecado humano esparció el quebrantamiento y la destrucción de la creación entera, incluyendo plantas y animales, pero la salvación de Dios restaurará la paz y la integridad de todos los seres vivientes. Si ignoramos este énfasis en las Escrituras nuestra visión de la salvación será muy corta.

La historia del diluvio revela un Dios que es a la vez un Juez santo y un Redentor de gracia. Cuando Noé y su familia finalmente salen del arca con los animales, Dios hace un pacto solemne con Noé y su familia (Gn 9:8-17). «Pacto», la palabra que describe la relación entre Dios y el pueblo, es muy bien definida por O. Palmer Robertson como «la unión por sangre administrada soberanamente».[1] Considere los tres elementos principales de esta definición:

- *Una unión.* El pacto habla de una relación profundamente personal entre Dios y el pueblo, una relación tan cercana que Dios se une o se ata a sí mismo a ellos, y a ellos con Él. En pactos posteriores con Israel, una expresión favorita es: «Yo seré su Dios y ustedes serán mi pueblo» (como en Jer 7:23).
- *En sangre.* Un pacto es una relación seria, establecida legalmente, como un matrimonio (que también se describe como un pacto en el Antiguo Testamento). La naturaleza seria y pública de un pacto es simbolizada por los rituales que incluyen sacrificio y derramamiento de sangre (como en Gn 8:20-22).

1. O. Palmer Robertson, *The Christ of the Covenants (El Cristo de los pactos)* (Phillipsburg, N.J.: Casa Presbiteriana y Reformada de Publicaciones, 1980), p. 4.

- *Soberanamente administrada.* Este pacto no es una relación entre partes iguales que establecen términos de mutuo acuerdo. Como el Señor soberano, solamente Dios puede establecer los términos de la relación del pacto y, a fin de cuentas, solo Él puede cumplirlos.

Cuando Dios le dice a Noé que Él «establecerá su pacto» con él (Gn 6:18), esta palabra «pacto» se refiere a una relación existente, no a algo nuevo. En Génesis 9, Dios renueva el pacto original con la creación por medio de Noé. Vemos esto, por la forma en la que Génesis 9 presenta a Noé como un segundo Adán, Dios comisiona a Noé en la misma forma en que Adán fue comisionado —y casi con las mismas palabras. Dios dice: «Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra» (cp. Gn 1:28; 9:1, 7). Aunque Dios está haciendo un nuevo comienzo con Noé, sus propósitos para la creación permanecen como fueron siempre, y el contenido del pacto de Dios con Noé se extiende a la creación entera. En Génesis 8:21, Dios promete no maldecir nunca más la tierra o destruir a todos los seres vivientes. En Génesis 9:8-17 leemos que el pacto de Dios es con Noé y con sus descendientes y con toda criatura viviente. El arcoíris es un signo de este pacto de gracia, establecido entre Dios y «toda vida en la tierra» (Gn 9:17).

Por medio de este pacto Dios entra en una relación especial con Noé y su familia, pero su fundamento es el pacto continuo de Dios con la creación. Dios actúa en y por medio de Noé para cumplir lo que Dios siempre quiso para toda la creación.

Pero ¡ay!, el nuevo comienzo de Dios no trae en su totalidad el descanso que Lamec, el padre de Noé, había esperado. La tierra es poblada nuevamente por los tres hijos de Noé (Gn 9:18), pero la fuerza destructiva del pecado se muestra rápidamente de nuevo (Gn 9:20-28). Una vez más,

el desarrollo cultural es ambivalente. Por una parte, la agricultura avanza: Noé es el primero en plantar una viña y desarrollar el maravilloso arte de hacer vino (Gn 9:20). Pero mientras el vino mismo y el oficio de hacerlo son buenos regalos en sí mismos, también pueden ser mal usados. El primer viñador del mundo se emborracha y con ello trae desgracia para él y su familia, cuando se acuesta desnudo en su tienda para dormir la resaca y cuando su hijo Cam lo descubre. Es difícil estar seguro cuál es el problema en la respuesta de Cam al comportamiento de Noé: ¿Hay una ofensa sexual implícita o el chisme de Cam acerca de la desnudez de su padre es un acto de irrespeto pecaminoso? De cualquier manera, provoca una ruptura familiar. Noé maldice a Canaán, el hijo de Cam (maldiciendo así a todas las personas que descenderían en esta línea de su propia familia) y bendiciendo a Sem (de quien desciende el linaje de los israelitas).

Génesis 10 cuenta que naciones del mundo emergen de los hijos de Noé. Este es un cumplimiento positivo del mandamiento de Dios a Adán, el cual es repetido a Noé: «Sean fructíferos y multiplíquense, y llenen la tierra». Sin embargo, en este punto del relato, sin importar cuán positivo pueda ser el crecimiento cultural y numérico, hemos llegado a contemplar la caída en pecado.

El siguiente capítulo de Génesis cuenta el relato de la torre de Babel, un intento monumental y comunitario de la raza de Adán de arrebatarle a Dios la autonomía humana una vez más. Como ya lo hemos notado, el impulso a construir una ciudad es parte del desarrollo cultural normal en el mundo de Dios, pero este impulso puede ser también mal dirigido, y en el relato de la torre de Babel sucede a escala masiva. Conforme la gente fue migrando hacia el este, construyeron una ciudad y una torre. Esta es su manera de imponer su propia voluntad en contra de los

deseos de Dios de que los humanos se expandieran y dispersaran por todo el mundo («llenen la tierra»).

Babel se levanta como un monumento al perenne deseo humano de construir nuestro propio reino separado de Dios, para «hacernos de un nombre y no ser dispersados sobre la faz de toda la tierra» (Gn 11:4). Pero Dios pone un alto abrupto a la construcción del orgulloso edificio en una forma en la que provoca una sonrisa en el lector. Los constructores no pueden entenderse entre ellos y la cacofonía de diferentes lenguajes se desata. Frustrado, este pueblo se dispersa, efectivamente poniendo fin a sus ambiciones y a su programa de construcción idolátrico.

Aunque Génesis 11 marca un punto alto en el orgullo humano y en la pecaminosidad, Dios templa el juicio nuevamente con su misericordia. La siguiente escena del drama bíblico muestra otro nuevo comienzo para la humanidad mientras Dios continúa firme en su propósito para la creación.

El pacto abrahámico: Bendecido para ser de bendición

Hasta este punto, el relato bíblico se ha enfocado en las vidas y hechos de toda la humanidad. Pero ahora, como respuesta a la catástrofe de Babel, Dios toma la iniciativa una vez más y se dirige a un clan y luego a un hombre, Abraham. De hecho, Abraham y sus descendientes son el asunto principal en el resto de Génesis.

Hacia el final de Génesis 11, el relato bíblico se reduce a los descendientes de Sem, el hijo de Noé, y luego al pequeño clan de Téraj en Jarán (lo que es ahora el norte de Iraq). Entonces, toda la atención cae sobre un hombre, Abraham. Dios llama a Abraham a dejar su país, su gente y la casa de su padre para ir a la tierra que Dios le mostraría (Gn 12:1–3). Con este llamado radical, Dios

invita a Abraham a dejar su hogar y a vagar hacia un lugar desconocido. Dios acompaña este llamado (como veremos en un momento) con una asombrosa promesa. Maravillosamente, Abraham renuncia a todo para cumplir con el llamado de Dios. Abraham sigue donde Dios lo guía y sale con su esposa Sara, su sobrino Lot y su familia.

¿Qué es lo que Dios planea con todo esto? Al estrechar el enfoque hacia Abraham, ¿ha renunciado Dios a todos los otros pueblos? ¡La respuesta bíblica es un resonante no! Los primeros tres versículos de Génesis 12 explican detalladamente que por medio de Abraham la bendición de Dios se extenderá al mundo entero. Dios promete:

- Hacer de la familia de Abraham una gran nación
- Bendecirlo
- Hacer grande su nombre
- Hacerlo bendición
- Bendecir a aquellos que lo bendigan y maldecir (o juzgar) a aquellos que lo juzguen, y
- ¡Bendecir a todos los pueblos de la tierra por medio de Abraham!

Aquí, el relato comienza a revelar cómo es que Dios responderá a lo que se había vuelto incorrecto en su creación. Por medio de Abraham, Dios conformará una nación, Israel, para ser su propio pueblo entre todos los otros pueblos del mundo. A través de esta nación, Dios traerá bendición a todos los otros pueblos de la tierra (Gn 18:18-19). Lejos de darse por vencido con el mundo y su gente, Dios aloja su compromiso en el alma de un hombre y en un territorio específico.

Aunque mucho del contenido del relato bíblico desde aquí en adelante se enfoca en Abraham y sus descendientes, Dios nunca se olvida de que a través de una persona, muchos pueblos y naciones conocerán la bendición

de Dios. Una mirada más cercana a la cuidadosa manera en la que este relato es contado, revela la estrategia de Dios. La palabra «bendecir» es repetida cinco veces en los dos versículos que contienen la bendición de Dios a Abraham y esta aparece en contraposición a la quíntuple ocurrencia de la palabra «maldecir» en los capítulos del 1 al 11. La maldición o el juicio de Dios sobre la humanidad le ha significado a esta la pérdida de su libertad (Gn 3:14-16), la alienación de su territorio (Gn 3:17-19), el alejamiento de unos con otros (Gn 4:11) y su degradación moral y espiritual (Gn 9:25). La repetición de la palabra «bendecir» en 12:2-3 declara que, por medio de Abraham, Dios está obrando para revertir el efecto de la maldición sobre la creación. Aunque el pecado ha traído la maldición de Dios a la creación, Dios la revertirá con una bendición. Tal como cantamos acerca de Cristo, en el conocido villancico de Isaac Watts, «Él viene a hacer, su bendición fluir, tan lejos como la maldición se encuentre». Dios llama a Abraham a ser el canal humano por el que su restauración divina fluirá sobre el mundo entero.

A través de Abraham «serán benditos todos los pueblos de la tierra». Esta cláusula de un clímax definitivo apunta al resultado final de la elección de Dios a Abraham. Sí, Dios estrecha el enfoque de la redención hacia un hombre, una nación, pero el propósito final se amplía con una bendición redentora hacia toda la creación. Desde el principio, el pueblo de Dios debe ser «misionero», escogido para ser un canal de bendición a otros.

La relación de Dios con Abraham es descrita en el relato como un pacto en Génesis 15 y 17, así como su previa relación con Noé. En el capítulo 15, Dios promete a Abraham —¡quien aún no ha sido padre ni siquiera de un niño!— que sus descendientes serán un día tan numerosos como las estrellas del cielo. Dios también promete

dar a los descendientes de Abraham la tierra de Canaán. Cuando Abraham cuestiona la promesa de Dios, Él inicia una ceremonia de pacto. Abraham hace mitades de tres animales y los coloca de tal manera que hay un pasillo entre las mitades. Dios pasa en medio de los animales en forma de un horno humeante. En esta ceremonia de pacto, misteriosa para nosotros, pero bien conocida para la gente de esa época, Dios da a entender que si Él no cumple su promesa, será desgarrado pieza a pieza como estos animales (cp. Jer 34:18-20). Esta es la promesa solemne a Abraham, la garantía del pacto entre ellos.

Algún tiempo después, Dios aparece a Abraham, quien tiene ahora noventa y nueve años y está aún sin hijo. Abraham cae con el rostro a tierra delante de Dios y Dios le confirma el pacto, prometiéndole a Abraham numerosos descendientes (Gn 17:4-6) y una tierra y hogar para su pueblo (Gn 17:8). Además, Dios será el gran Rey de la nación que descenderá de Abraham (Gn 17:7). En Génesis 17:10, Dios introduce la marca de la circuncisión para todos los varones que pertenezcan al linaje de Abraham. En el antiguo Cercano Oriente, la circuncisión era practicada por la mayoría de las naciones, pero aquí, Dios transforma radicalmente esta práctica cultural común para su pueblo. Para los israelitas, se convierte en un signo cortado en su carne, del pacto entre Dios y Abraham y sus descendientes.

El pacto de Dios con Abraham contiene tres elementos: una relación personal con Dios, el crecimiento de su familia hasta llegar a ser una nación, y la tierra para ser el hogar de esta nación. Estas promesas dadas a un hombre siempre fueron hechas por Dios con miras a bendecir a todas las naciones a través de él. El resto de la historia del Pentateuco (los cinco «libros de Moisés», de Génesis a Deuteronomio) describen el cumplimiento parcial de estas promesas y la formación del pueblo de Dios.

Dios también le dice a Abraham que él no verá a sus descendientes heredar la tierra prometida (Gn 15:15). A pesar de todo, él tiene que aprender a confiar en Dios contra toda probabilidad. «Abraham creyó al Señor y le fue contado por justicia» (Gn 15:6). Este texto clave reaparece conforme la historia continúa (Gá 3:6; Ro 4:3), demostrando que la fe en las promesas de Dios es el elemento clave de la obra de Dios en nuestras vidas y en el mundo.

Los relatos de Abraham y Sara revelan cuán difícil es mantener tal confianza, particularmente cuando los años pasan y Sara no queda embarazada. En un determinado momento, parece que Abraham ya ha tenido suficiente de estas promesas. Abraham trata de encontrar una manera de cumplir la promesa por su propio esfuerzo, engendrando un hijo por medio de su sierva Agar, con desastrosas consecuencias. Sin embargo, eventualmente Dios bendice a Sara con el hijo de la promesa. Para este momento, Abraham ya tiene cien años de edad (Gn 21:5).

Pero la prueba de fe de Abraham en la promesa de Dios no ha terminado aún. En Génesis 22, Dios le dice a Abraham que tome a su «único hijo Isaac» y que lo sacrifique en el monte Moria. Luego de todos aquellos años de esperar por un hijo, Abraham está a punto de llevar a Isaac para matarlo. Tan grande es la fe de Abraham que se prepara para obedecer. Exactamente en el último momento, un mensajero de Dios detiene la mano de Abraham, que está ya posicionada en el aire con un cuchillo para matar a su hijo. Dios provee un carnero para que muera en lugar de Isaac y Abraham realiza el sacrificio. Con esta prueba, Dios reafirma la promesa del pacto: «Puesto que me has obedecido, todas las naciones del mundo serán bendecidas por medio de tu descendencia» (Gn 22:18).

Los capítulos 25 al 36 de Génesis relatan las historias de Isaac y sus hijos Esaú y Jacob. De los hijos de Jacob vienen

las doce tribus de Israel. A pesar de que el propósito de Dios al llamar a Abraham era traer bendición al mundo entero, en ese momento el relato bíblico continúa enfocándose en el linaje familiar por el que esta bendición vendría: los doce hijos de Jacob, cuyas familias se convertirán en las doce tribus de la nación de Israel.

Tres temas interrelacionan estas historias. Primero, Dios reafirma las promesas dadas a Abraham, a su hijo y a su nieto, por eso Dios se nombra a sí mismo ahora «El Dios de Abraham, el Dios de Isaac y de Jacob» (Ex 3:6). Dios promete a Isaac (Gn 26:3-5) y a Jacob (Gn 28:13-15) hacer de ellos una gran nación, darles la tierra y al final, bendecir a todas las naciones por medio de ellos.

Segundo, estos relatos confrontan con honestidad el carácter pecaminoso de todos aquellos que Dios escoge. Un tema que se repite en estas historias, especialmente en las de Jacob y José, es la amarga ruptura de las relaciones familiares. La enemistad entre Jacob y Esaú y la envidia de los hermanos de José sirven como crudos recordatorios de que la ruptura de las relaciones humanas inició con el pecado de Adán y Eva; ni siquiera el pueblo escogido de Dios es inmune a los efectos del pecado. Dios obrará por medio de estas personas y traerá bendición al mundo, pero antes tiene que trabajar en ellos y con ellos para traer reconciliación y madurez.

El tercer tema común entre estas narrativas es que Dios sobrepasa muchos obstáculos para llevar a la práctica su plan para el pueblo escogido. Las esposas de los patriarcas son arrastradas o llevadas a los harenes de otros hombres. Desastres naturales como la hambruna amenazan con alcanzar al pueblo de Dios. De vez en cuando la estupidez y la pecaminosidad de los patriarcas mismos los pone

a ellos y a sus familias, así como al propósito de Dios, en riesgo. Aun así, en medio de todo este tumulto, Dios permanece fiel a la promesa dada a Abraham.

Este tema persistente de la constante fidelidad de Dios está probablemente relacionado a uno de los nombres de Dios en estos relatos de los patriarcas: *El Shaddai* parece evocar la idea de que Dios tiene el poder de sobrepasar todas las barreras y de obrar en medio de todas las circunstancias para guardar sus promesas. El tema de la providencia de Dios emerge con particular claridad en la historia de José (Gn 37–50). En Génesis 45:5-7, José reconoce que todo lo que le ha ocurrido ha sido ordenado por Dios para «preservar [a la familia de su padre] un remanente en la tierra y para salvar [sus] vidas por medio de una gran liberación» (cp. Gn 50:20).

Al final del relato de Génesis, la promesa de Dios a Abraham de que tendría muchos descendientes ha sido parcialmente cumplida (Gn 47:27; Ex 1:6-7). Los hijos de Jacob se han convertido en un grande y floreciente grupo en Egipto. El viejo Jacob junta a toda su familia a su alrededor para ofrecer una bendición de despedida y una oscura pero sorprendente mirada al futuro (Gn 49:1-28). Cuando él comienza a hablar de Judá, las inspiradas palabras de Jacob hacen un eco misterioso por las edades. «Tú eres un cachorro de león, Judá... el cetro no se apartará de Judá ni de entre sus pies el bastón de mando, hasta que llegue el verdadero rey quien merece la obediencia de los pueblos» (Gn 49:9-10; ver también Ap 5:5). Aquí, nuevamente, mientras el relato se detiene antes de la próxima escena, escuchamos un indicio del propósito final de salvación de Dios.

ÉXODO: LA FORMACIÓN DE UN PUEBLO

Dios forma a Israel por un poderoso acto de redención

Cuando el relato bíblico continúa en Éxodo cuatrocientos años después de Abraham, sus descendientes permanecen en Egipto. José y sus hermanos han muerto, pero sus descendientes se han multiplicado tal como Dios prometió que lo harían. Pero, ¿qué de las otras promesas de Dios a Abraham, de proveer una relación con Él y de darle a su pueblo una tierra para sí mismos? Al iniciar la narración de Éxodo, estas promesas aún parecen estar lejanas.

Un nuevo faraón «para quien José no significaba nada» ha llegado a escena. Debido a que este gobernador egipcio teme el creciente poder de la nación israelita en su país, los somete con brutales labores de esclavitud. Incluso, ordena matar a todos los varones recién nacidos entre ellos en un esfuerzo por mantener bajo control a la población israelita. Paradójicamente, esta opresión inicia el ímpetu para la liberación de los israelitas de Egipto. Cuando ellos claman a Dios en su sufrimiento y opresión, «Dios escucha sus quejas y se acuerda de su pacto con Abraham, con Isaac y con Jacob» (Ex 2:24).

Nuevamente, el alcance del propósito de Dios se estrecha hacia una familia. Un niño que se llamaría Moisés nace en una familia hebrea y para que él no fuera sacrificado como los otros bebés varones nacidos entre los israelitas, la madre de Moisés lo pone en una canasta y lo ubica entre los juncos de la orilla del río Nilo. La hija de Faraón, quien ha ido a bañarse al río, encuentra al bebé y lo adopta como su propio hijo. Sin siquiera mencionar el nombre de Dios, el relato reconoce su mano encubierta, mientras Moisés

recibe la mejor educación que Egipto podía ofrecer ¡en el corazón de la propia casa del faraón!

Al ser un hombre joven, Moisés se identifica con el sufrimiento de su pueblo y en una ocasión observa a un israelita siendo golpeado por un egipcio. Enfurecido, Moisés mata al egipcio y luego tiene que huir porque había un testigo de lo que había hecho. Aunque Faraón trata de hacer que lo maten, Moisés escapa a Madián y se convierte en pastor (Ex 2:11-17).

Mientras cuidaba los rebaños de su suegro cerca del monte Horeb, Moisés tiene un sorprendente encuentro; Dios le habla desde un arbusto ardiente (Ex 3). Aunque el arbusto arde, milagrosamente no es consumido por las llamas. Dios le dice a Moisés que se quite las sandalias porque el suelo donde está parado es santo y se identifica a sí mismo ante Moisés como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Dios le dice a Moisés que ha escuchado el llanto de su pueblo oprimido y que le enviará de vuelta a Faraón para sacar a su pueblo fuera de Egipto hacia la tierra que les ha prometido. Moisés responde de mala gana, preguntando cómo puede convencer a los israelitas de que es realmente Dios el que le ha enviado. Dios responde «Yo soy el que soy». Esto es lo que dirás a los israelitas: «Yo soy me ha enviado a ustedes» (Ex 3:14).

Este episodio nos presenta el nombre más conocido y distintivo de Dios en el Antiguo Testamento: *Yahveh*, que generalmente se traduce en algunas versiones de la Biblia en español como «el Señor». (Los judíos consideran blasfemo poner el nombre mismo de Dios en sus labios, así que lo sustituyen con *Adonai* o Señor, indicándolo en la mayoría de las traducciones con todas las letras en mayúscula). El nombre *Yahveh* aparece unas 6800 veces en el Antiguo Testamento y se ha escrito mucho acerca de su significado exacto. Se han hecho numerosas traducciones

y sugerencias acerca de este nombre y acerca de la frase de donde proviene (Ex 3:14). Quizá la mejor traducción de esta expresión es «Yo seré quien Yo soy». Entendido de esta manera, el nombre *Yahveh* indica no solamente que Dios está presente ahora sino que estará...

> ... Dios fielmente para [su pueblo en] la historia que está por venir... Israel no necesita preocuparse por la arbitrariedad o el capricho divino. Se puede contar con que Dios sea quien Dios es. Israel comprende su historia a partir de este nombre y este nombre a partir de su historia. El nombre delineará el relato de Israel, pero el relato también le dará una textura mayor al nombre.[2]

Dios demuestra fidelidad a las promesas hechas a Abraham al rescatar a la nación que desciende de Abraham, sacándolos de la esclavitud y colocándolos en la tierra prometida. En el llamado de Dios a Moisés (Ex 6:6-7), el nombre *Yahveh* está asociado particularmente con este maravilloso acto de liberación de Egipto:

> Así que, dile a los israelitas: «Yo soy el Señor, y los sacaré de debajo del yugo de los egipcios. Yo los libraré de ser sus esclavos y los redimiré con brazo extendido y con poderosos actos de juicio. Yo los tomaré como mi propio pueblo y seré su Dios. Entonces ustedes sabrán que yo soy el SEÑOR su Dios, quien los sacó de debajo del yugo de los egipcios».

2. Terrence Fretheim, "Yahweh," en *New International Dictionary of Old Testament Theology and Exegesis (Nuevo Diccionario Internacional de Teología y Exégesis del Antiguo Testamento)*, ed. W. A. Van Gemeren, 5 vols. (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1997), 4:1296.

El gran obstáculo para que los israelitas dejen Egipto es Faraón, quien considera como absoluto su propio poder. Cuando Moisés y Aarón piden al rey de Egipto que deje a los israelitas ir para que puedan realizar una celebración para el Señor en el desierto, Faraón responde: «¿Quién es el SEÑOR, para que deba yo obedecerle y dejar ir a Israel? Yo no conozco al SEÑOR y no dejaré ir a Israel» (Ex 5:2). Así, «Faraón y [Yahveh] se enfrentan. Ambos reclaman a Israel. Ambos demandan el servicio y la lealtad de Israel para sí mismos... [Pero] la maldición de las plagas hace evidente quién posee en realidad el poder supremo».[3]

Dios envía a Moisés (y a Aarón, el portavoz de Moisés) para confrontar a Faraón, quien «endurece su corazón» y rechaza reconocer al SEÑOR o dejar ir a los israelitas. A través de una serie de diez plagas, Faraón es confrontado con la autoridad y poder de Dios. Las primeras nueve plagas son: sangre en el Nilo, ranas, mosquitos, moscas, ganado enfermo, úlceras, granizo y truenos, langostas y una oscuridad densa. Finalmente, una enfermedad mortal desciende sobre los primogénitos en todo Egipto, tanto de humanos como de animales, pero los primogénitos de Israel son librados.

Para entender las plagas, necesitamos reconocer que Dios está obrando en estos increíbles eventos, mostrándole a Faraón y a los egipcios el poder soberano de Dios sobre toda la creación. Las plagas parecen ser dirigidas contra varios dioses egipcios tal como lo sugiere Éxodo 12:12, «Yo traeré juicio sobre todos los dioses de Egipto», aunque es difícil relacionar cada plaga con cada uno de los dioses en particular. Aun así, la confrontación de Dios con Faraón y los dioses egipcios demuestra el poder de *Yahveh*,

3. Cornelis Houtman, traducido al inglés por J. Rebely W. Woudstra, *Exodus (Éxodo)*, 4 vols. (Kampen: Kok, 1993-2000), 1:9.

de tal manera que su «nombre pueda ser proclamado en toda la tierra» (Ex 9:16).

Al final, el vencido Faraón se rinde y deja que los israelitas se vayan. Éxodo 12 muestra cómo esta gran liberación llega a ser la base para la fiesta anual de la Pascua, en la que Israel recuerda el acto poderoso de liberación de Dios. El término «pascua» proviene de la última plaga, en la que Dios destruye a los hijos y animales primogénitos varones de los egipcios pero «pasa de» los israelitas. En los años siguientes, esta liberación de la opresión y de la esclavitud, moldea profundamente la memoria de los israelitas. Ellos son un pueblo libre solamente porque Dios es su poderoso Libertador.

Faraón hace un último intento desesperado por detener a los israelitas, enviando su ejército tras ellos cuando están huyendo de Egipto. Pero el mar, el gran símbolo de poder y caos (que también está bajo el control del Señor), abate al ejército de Faraón (Ex 14). Seguidamente, Éxodo 15 registra la canción de victoria de Moisés y los israelitas, en la que Dios es representado como un poderoso guerrero que ha ganado la batalla por su pueblo y que reinará por siempre. El himno expresa la confianza de que Dios continuará dirigiendo al pueblo recién redimido y que les dará la tierra que prometió a sus antepasados. Más adelante, cuando Dios establece a los israelitas en la tierra, se habrá dado un gran paso hacia la recuperación y la restauración de toda la creación.

Israel es unido a Dios en un pacto

Tres meses después de dejar Egipto bajo el liderazgo de Moisés, los israelitas llegan al monte Sinaí; la misma área donde Moisés encontró a Dios al principio. Pero hay una diferencia: en aquel entonces Dios habló a un hombre desde un arbusto ardiente; ahora, la montaña entera

está en llamas cuando Dios se reúne con el pueblo redimido (Ex 19:16). Dios llama ahora no solo a un individuo, sino a una nación entera. Dios es revelado a los israelitas con truenos y relámpagos sobre la montaña, como un poderoso recordatorio de su carácter y poder. Esta también es tierra santa.

En la montaña, se les recuerda a los israelitas por medio de Moisés, lo que Dios ha hecho por ellos en el pasado y el propósito de Dios para el futuro (Ex 19:3-6). Dios los ha sacado de Egipto como un águila que carga a su cansada cría sobre sus alas. La formación de Israel como el pueblo de Dios depende en último término de los actos de gracia de parte Dios: «Yo... los traje hacia mí» (Ex 19:4). La intención del Señor es tener una relación con el pueblo.

Pero, ¿por qué les escogió Dios a ellos? El propósito de Dios se revela en Éxodo 19:5-6. Dios ha llamado a Israel para un propósito especial. Ellos fueron elegidos de entre todas las naciones para ser ¡la posesión atesorada por Dios! Pero como lo notamos con Abraham, la elección no es solamente un privilegio para Israel; también es un llamado a servir para el bien de todas las otras naciones. Si Israel vive bajo el reinado de Dios, ellos serán un «reino de sacerdotes» y una «nación santa», dando testimonio del gobierno de Dios sobre la creación por medio de sus propias vidas.

La santidad es uno de los atributos más importantes que la Biblia adjudica a Dios; este atributo nos dice que Dios es especial, diferente de toda la creación y lleno de bondad. Israel es llamado por Dios a ser santo como Dios es santo, a ser diferente, un real sacerdocio entre las naciones. Tal como los sacerdotes de Israel mediaban entre Dios y el pueblo, Israel es llamado a mediar entre el Señor y todas las naciones. Dios quiere que Israel sea «un pueblo ejemplar, una muestra para el mundo de que el estar en alianza

con Yahveh cambia a un pueblo».[4] Mientras los israelitas obedezcan a Dios, ellos demostrarán cómo puede ser una vida bajo el reinado de Dios. Las naciones podrán captar un vistazo del plan de Dios para todas las personas. La experiencia completa de Israel, incluyendo la vida familiar, la ley, la política, la economía y la recreación reflejará el carácter de Dios y la intención original creada por Él para la vida humana. La vida de Israel en Dios, será para testificar de la presencia viva de Dios en su pueblo. Debe ser una vida humana rica y completa, de modo que las naciones de la tierra sean atraídas a ella. En esta forma, Israel cumplirá el pacto de Dios con Abraham de bendecir a todas las naciones.

El rescate de Dios a los israelitas no se produce porque ellos merezcan ser rescatados o porque se lo hayan ganado de alguna manera por su obediencia a Él, sino por el amor que proviene de la gracia de Dios por ellos (Dt 7:7-8).

Pero Israel solamente logrará su destino de convertirse en real sacerdocio y nación santa si escogen una vida de obediencia activa bajo el reino de Dios. El resto del Antiguo Testamento es la historia de cómo un Israel fiel o infiel responde a este llamado: «La historia de Israel desde este punto en adelante es en realidad solamente un comentario hacia el grado de fidelidad con el que Israel se adhiere a la vocación que se le dio en el Sinaí».[5]

Israel escucha el llamado de Dios en el contexto de un pacto. En Éxodo 19-24 se establece una relación de pacto entre Dios y los israelitas, en el monte Sinaí. Los académi-

4. John I. Durham, *Exodus (Éxodo)*, Word Biblical Commentary (Waco, Tex.: Word, 1987), p.263.

5. William J. Dumbrell, *Covenant and Creation: A Theology of Old Testament Covenants (El pacto y la creación: Una teología de los pactos del Antiguo Testamento)* (Nashville, Tenn.: Thomas Nelson Publishers, 1984), p. 80.

cos han notado desde hace mucho las similitudes entre los tratados de vasallaje del antiguo Cercano Oriente y este pacto del Sinaí. Un «tratado de vasallaje» era un contrato establecido entre un gran rey conquistador y una nación que cae bajo su control. Alrededor del tiempo de Moisés, estos eran los medios por los que los reyes hititas administraban su imperio. La forma del pacto de Éxodo es bastante parecida a las de uno de estos tratados de vasallaje. Es claramente un tratado que no se hace entre iguales: Dios es el gran Rey e Israel la nación subordinada. En este caso, Israel ha caído bajo el control de Dios y se ha vuelto el pueblo de Dios, no porque hayan sido conquistados (como los reyes hititas conquistarían a las tribus vecinas), sino porque Dios los había liberado de la esclavitud en Egipto.

Estas Escrituras implican que Dios es un gran Rey, alguien parecido a los poderosos conquistadores hititas y, de hecho, incomparablemente mayor. Esta imagen del estatus de Dios nos da una visión importante acerca de cómo la nación israelita llega a ser el propio pueblo de Dios. Así como el rey conquistador toma en serio cada aspecto de la vida de una nación que será su estado vasallo, así el Dios liberador también tiene la intención de legislar sobre cada aspecto de la vida de Israel.

Vemos esto claramente en las instrucciones que Él provee para regular y delinear cada aspecto de las vidas de los israelitas. Generalmente llamamos a estas instrucciones «la ley». Tal ley no es completamente nueva para los israelitas ya que ellos han tenido una amplia experiencia respecto a la ley durante su tiempo como un pueblo esclavizado en Egipto. La ley que Dios da a Moisés para los israelitas guarda todas las marcas de la ley del antiguo Cercano Oriente. Dios no está llamando a su pueblo a vivir una moda excéntrica y fuera de contexto histórico: ellos deben ser personas de su propio tiempo y lugar. Aun así,

la ley está llena de algunos elementos distintivos para reflejar el propio carácter de Dios y para lograr lo que Dios desea para la creación. Por ejemplo: aunque la ley de aquel tiempo valoraba la propiedad por encima de las personas y hacía el castigo por robar más grande que por asesinar, la ley de Israel da valor a las personas por sobre la simple propiedad porque solo las personas, entre todas las criaturas de Dios, han sido modeladas a su imagen.

Los diez mandamientos, o «diez palabras», (Ex 20; Dt 5) son los principios centrales que deben formar al pueblo de Dios para que sus vidas reflejen el carácter de Dios. Las instrucciones detalladas que siguen a las Diez Palabras aplican estos principios generales a cada aspecto de la vida de Israel delante de Dios (Ex 20-22). Solo si la ley de Dios moldea sus vidas completas, Israel será verdaderamente un real sacerdocio y una nación santa, al cumplir con su llamado de ser un canal de la bendición de Dios para todas las otras naciones.

Aunque casi la totalidad de los diez mandamientos (excepto el cuarto y el quinto) están expresados en forma negativa, todos tienen implicaciones positivas. El primer mandamiento no solo prohíbe la inclusión de otros «dioses» en la adoración formal de Israel, sino también dirige positivamente a Israel a servir solamente al Señor. El segundo mandamiento, al prohibir al pueblo hacer cualquier imagen del Señor o de cualquier otro dios, es único para el tiempo y localización de Israel ya que solo ellos, entre las otras naciones del antiguo Cercano Oriente, no deben tener una imagen física de su deidad, ni pintura ni escultura, como un objeto de adoración. Este mandamiento por sí mismo tendría asombrados a los vecinos de Israel y plantearía preguntas profundas acerca de la naturaleza del Dios de Israel. En ese tiempo, el no tener una imagen en el santuario personal sería tomado como

que ¡uno no creía en ningún dios! Los israelitas debían darse cuenta y además testificar del hecho de que no tenían un «dios» ordinario, sino al mismo Señor de los cielos y de la tierra.

De forma similar, aunque Dios se ha revelado a sí mismo a Israel como *Yahveh*, les prohíbe usar ese nombre si ellos lo intentan ejercer como un poder mágico. El tercer mandamiento enseña que el Señor debe ser respetado y que el pueblo no debe hacer ningún intento por manipular el nombre de Dios para sus propios propósitos. El cuarto mandamiento elogia el trabajo como valioso y necesario, «seis días trabajarás», pero también coloca firmemente al trabajo en el contexto de la relación del pueblo con Dios. El día de reposo, el sábado, establece la realidad de que el pueblo de Dios vive por la gracia de Dios y no por su propio trabajo.

Los mandamientos del quinto al décimo regulan las relaciones entre el pueblo de Dios como nuevas generaciones que son instaladas en la vida de ese pueblo, pero ahora con estructuras sociales saludables. El quinto mandamiento insiste en la autoridad y responsabilidad hacia los padres. En las «palabras» que quedan Dios prohíbe en su pueblo escogido el asesinato, el adulterio, el robo, el falso testimonio y la codicia. Estas leyes llaman a Israel a ser una comunidad en la cual la paz y la armonía divina (shalom) caractericen la vida dentro de la familia y entre vecinos.

Los diez mandamientos son buenas noticias. Ellos le indican a Israel cómo vivir de una forma que agrada a Dios, que además es lo mejor para ellos y que muestra a las naciones los propósitos de Dios para la humanidad. Como Creador, las instrucciones del Señor calzan con la forma que él ha hecho al mundo y a su gente de tal manera que los mandamientos son las claves para vivir vidas comple-

tamente humanas, y no restricciones para hacer la vida más difícil.

En Éxodo 20:22–23:33 muchas estipulaciones detalladas siguen a los mandamientos generales y tratan con una variedad de temas tales como la adoración, la esclavitud, los asaltos, el secuestro, las ofensas sexuales, las actividades económicas, las fiestas religiosas y el cuidado de los animales, entre muchas otras. Todos los aspectos de la vida están dentro del ámbito del reinado de Dios. Al considerar el significado de estas leyes, es importante recordar que fueron dadas a los israelitas que vivían en el antiguo Cercano Oriente. Los mandamientos continúan siendo profundamente relevantes para nuestras vidas delante de Dios, pero no podemos aplicarlos necesariamente en las mismas formas en que la antigua nación de Israel debía observarlos. Por ejemplo, en la sociedad Israelita las sanciones por romper muchos de estos mandamientos eran muy severas, tanto que, si alguien adoraba a otro dios debía ser llevado a la muerte. Aunque deberíamos continuar aprendiendo de esto que Dios toma el pecado de idolatría de forma extremadamente seria, también reconocemos que una condena así ya no es la intención de Dios bajo el nuevo pacto.

En Éxodo 24 los israelitas ratifican las estipulaciones del pacto con una ceremonia ritual en la que ellos se comprometen a obedecer. Moisés recita las leyes que los israelitas están accediendo y luego las pone por escrito. Luego, construye un altar y prepara doce pilares que representan las doce tribus de Israel. Este pacto es hecho con todo el pueblo de Dios y tal como los pilares, está hecho para ser permanente. Finalmente, Moisés rocía la mitad de la sangre de los sacrificios en el altar y la otra mitad sobre el mismo pueblo. Toda esta sangre indica que un sacrificio es necesario para que los pecadores puedan venir a la pre-

sencia de Dios. La sangre es llamada «sangre del pacto», una frase que Jesús usará en la última cena. La sangre también significa la seriedad de la relación; es una forma de decir: «Que esto nos ocurra a nosotros, que nuestra propia sangre sea derramada, si fallamos en guardar los términos del acuerdo».

Cuando la ceremonia de ratificación termina, los setenta ancianos, junto con Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, van a la montaña. Allí es maravillosamente promulgada la comunión entre Dios y el pueblo, tan central para el pacto. Los ancianos «ven» a Dios y comen y beben junto con Él (Ex 24:9-11). Dios ha prometido una relación con el pueblo y aquí esa promesa está en camino de su cumplimiento. Dios viene a habitar con el pueblo.

Dios desea ser parte permanente de la vida de Israel. Él instruye a Moisés para que junte entre los israelitas los materiales necesarios para construir una compleja estructura en forma de tienda, el tabernáculo, y le da instrucciones detalladas para su construcción. Allí se llevará a cabo la vida formal de adoración de Israel. Los sacerdotes y los levitas presidirán durante los sacrificios y las ofrendas de los israelitas, pero el punto principal del tabernáculo es que es un santuario portátil, la residencia personal de Dios entre el pueblo del pacto. «Habitaré entre los israelitas, y seré su Dios. Así sabrán que yo soy el Señor su Dios, que los sacó de Egipto para habitar entre ellos. Yo soy el Señor su Dios» (Ex 29:45-46).

Casi una tercera parte de Éxodo detalla los planes para el tabernáculo y estos detalles se repiten mientras está siendo construido. La gran longitud y la complejidad de estas instrucciones dan un punto importante: tal residencia no podía ser tomada a la ligera ya que Dios está viniendo a vivir entre su pueblo. Otra razón para esta abundante atención a los detalles es que la adoración a Dios es central

para la identidad de Israel. Éxodo expone el curso de esta nación desde la esclavitud hasta la adoración y los siervos del gran Rey querrán saber cada detalle de su vida con Él habitando entre ellos. En Egipto, los israelitas habían sido forzados a construir para el faraón; ahora, ellos voluntariamente donarán sus materiales y experiencia para construir lo que será la casa de Dios en medio de ellos.

Entre las dos descripciones del tabernáculo, Éxodo describe un episodio de rebelión entre la gente que estaba contra Dios y el siervo de Dios, Moisés (Ex 32). La gente persuade a Aarón, el sumo sacerdote, de hacer un ídolo y organizar la adoración de un becerro de oro. La terrible reacción de Dios demuestra cómo esta apostasía amenaza la relación del pacto mismo, e Israel es salvado de la destrucción por medio de la intercesión de Moisés. La segunda narración de la construcción del tabernáculo (que sigue luego del relato del becerro de oro) indica que el Dios de gracia y perdón de los israelitas permanece comprometido en el pacto y continuará viviendo entre el pueblo a pesar de su pecado (Ex 34:6-7).

Éxodo concluye con la llegada de Dios a habitar al tabernáculo (Ex 40:34-38). Las apariciones ocasionales de Dios a Israel producen ahora una presencia permanente en medio de ellos. Dios viaja con el pueblo, el tabernáculo se mueve con ellos a dondequiera que van. Es un emblema de la restauración total de la presencia de Dios con toda la creación, tal como se pretendía originalmente.

Cuando el relato de Éxodo llega a su final, Dios ha hecho considerables progresos en la formación del pueblo escogido. Ha introducido una relación de pacto formal con ellos, y el pueblo tiene ahora tanto la ley como el tabernáculo. Su vida ha sido dotada tanto de una figura ética como con una figura litúrgica. Lo que necesitan ahora es un lugar propio.

Pero tener a Dios viviendo entre ellos no va a ser tan fácil o sencillo. ¿Cómo van a enfrentarse estos simples mortales con la santa y asombrosa Presencia que está entre ellos? Luego del incidente del becerro de oro, Dios se revela a Moisés como clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad, que mantiene su amor hasta mil generaciones después, y que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado (Ex 34:6-7). Pero Dios también dice que Él no dejará sin castigo al culpable. De hecho, los efectos del pecado del pueblo harán eco hasta la tercera y cuarta generación.

LEVÍTICO: VIVIENDO CON UN DIOS SANTO

El libro de Levítico trata acerca del protocolo para mantener una relación correcta con el Rey, cuya residencia real se encuentra dentro del campamento de los israelitas. Los primeros siete capítulos explican varias clases de sacrificios y ofrendas que un israelita puede traer al tabernáculo y cómo deben ser realizados estos rituales. Así, por ejemplo, una persona que peca sin intención de hacerlo, debe llevar una ofrenda por el pecado al tabernáculo y ofrecerla allí. Por medio de esta ofrenda, el sacerdote hace una expiación por la parte ofensora y Dios concede el perdón (Lev 4:27-35). Mientras Dios asienta su residencia entre el pueblo, Él provee por gracia una forma de mantener la relación entre Él y ellos.

La presencia de Dios en el tabernáculo y la estructura de su adoración se desarrollan en un lugar en particular, pero esto nunca significó desvirtuar la intención de Dios de estar presente en la vida entera del pueblo. La penetrante presencia de Dios es el tema de los capítulos siguientes en Levítico. En Levítico 10:10 el Señor alerta a Aarón de la responsabilidad sacerdotal de «diferenciar entre lo santo y lo profano, entre lo puro y lo impuro» en

relación a los animales, aves, diferentes clases de comida y varias afecciones médicas.

Para el lector moderno, esto parece una forma extraña de regular la vida en relación a Dios. La mejor manera de comprender todas estas regulaciones surge de las investigaciones acerca de cómo las culturas antiguas estructuraban su vida. Estas regulaciones aparentemente aleatorias y extrañas tienen un significado simbólico profundo para los israelitas: le recuerdan constantemente a Israel en cada detalle de la vida personal y pública de su estatus especial como pueblo escogido de Dios; sirven como una clase de sacramento que conlleva la santidad de Dios y la santidad que Dios espera del pueblo en su vida diaria.

La relación del Dios santo con el pueblo llega a un clímax dramático en la descripción del día de la expiación (Lev 16). En este día específico del año, el sumo sacerdote entra al Lugar Santísimo, el santuario interior del tabernáculo que simboliza el trono de la misericordia de Dios. El sacerdote trae la sangre de los animales que representa el sacrificio necesario para la expiación de los pecados del pueblo y la rocía sobre el «propiciatorio» (Lev 16:15-16). Este ritual de expiación del antiguo Israel vendrá a simbolizar de manera poderosa cómo Dios expía completa y totalmente el pecado del mundo en Cristo Jesús (Heb. 9).

NÚMEROS: VIAJANDO HACIA LA TIERRA

Al llegar a la conclusión de Levítico, Israel aún está en el monte Sinaí. El libro de Números cuenta el relato de su viaje desde allí hasta las planicies de Moab, justo a las afueras de la tierra prometida. Antes de que ellos se pongan en marcha, Dios ordena un censo de los hombres israelitas de cada tribu que tienen más de veinte años de edad y que pueden servir en el ejército. Dios está transformando el variado grupo de esclavos liberados de Egipto en

una unidad bien organizada y lista para la conquista militar de la tierra prometida. El número total de hombres es 600 mil, lo que significa que el número total de israelitas debe haber sido más de dos millones. Dios ha prometido hacer una gran nación de los descendientes de Abraham y ahora Israel se muestra emergiendo con todos los signos de tal grandeza.

Los preparativos iniciales para el viaje van bien. Los primeros diez capítulos de Números parecen llenos de optimismo mientras los israelitas hacen los preparativos finales. Este optimismo es capturado maravillosamente en la bendición sacerdotal que el Señor da a Aarón y a sus hijos como su propia bendición sobre Israel:

> El Señor te bendiga y te guarde;
> El Señor te mire con agrado y te extienda su amor;
> El Señor te muestre su favor y te conceda la paz.
> (Nm 6:24-26 NVI).

En el lenguaje hebreo, cada línea de esta bendición es más larga que la previa y la última línea termina con la palabra «paz» (shalom). Esta es la meta del viaje de Israel como el pueblo que sale para la tierra prometida, porque su mismo Dios va con ellos, guiándoles en el camino.

Tristemente, este optimismo se marchita pronto. El viaje a través del desierto no es fácil, y a pesar de tener a Dios en medio de ellos, los israelitas pronto comienzan a quejarse acerca de sus nuevas penurias. Dios reacciona con ira, enviando desde el tabernáculo un fuego que consume partes del campamento (Nm 11). Los israelitas claman a Moisés por ayuda y el fuego se calma solamente cuando que él intercede a Dios en nombre de ellos. Aún después de tal advertencia, la gente continúa rezongando y hasta quejándose del menú y de la falta de carne en su dieta. Luego hay dificultades entre los líderes: María y Aarón

comienzan a murmurar acerca del liderazgo de Moisés y a decir chismes respecto a su matrimonio (Nm 12).

La mayor crisis en el relato del viaje por el desierto viene cuando Moisés envía espías a la tierra prometida y ellos regresan con dos reportes (Nm 13-14). La mayoría reporta que la tierra es maravillosamente fértil y que sería una excelente patria para Israel, pero que su gente es poderosa y sus ciudades están bien fortificadas. Cuando la gente oye este informe, su fe en el Señor colapsa. Aunque dos de los espías los alientan a confiar en Dios, ellos se vuelven, deprimidos y enojados, quejándose de que Dios los ha traído tan lejos solo para matarlos. Una vez más, solamente la intercesión de Moisés evita que Dios los destruya a todos ellos. Dios detiene el juicio inmediato pero jura que ninguno de esa generación incrédula entrará en la tierra prometida. Así que en vez de reclamar la nueva tierra de inmediato como era la intención de Dios, los israelitas vagan por el desierto alrededor de Cades por cuarenta años hasta que la generación falta de fe ha muerto.

Luego de estos fatigosos cuarenta años, los israelitas finalmente llegan a las planicies de Moab, al este de la tierra prometida (Nm 22) y se toma otro censo para contar a la nueva generación de israelitas (Nm 26). El área al oeste del río Jordán es conquistada y distribuida entre ciertas tribus (Nm 32) e Israel está listo para tomar posesión de la tierra prometida que está al otro lado del Jordán.

DEUTERONOMIO: EN LAS FRONTERAS DE LA TIERRA

Aun para esta nueva generación de israelitas, será difícil vivir bajo los estándares del pacto de Dios. Pero la tierra les espera al frente y, con ella, la posibilidad de descanso y del cumplimiento de las promesas de Dios a Abraham.

Deuteronomio registra los sermones que Moisés usa para equipar a los israelitas para su nueva tarea mientras ellos se preparan para entrar en la tierra. Estos sermones presentan a Israel con una visión de su llamado como el pueblo del pacto de Dios: una sociedad que ha sido reunida bajo la autoridad única del Señor, un pueblo unido a Dios por su pacto con ellos, un pueblo para el bien de las naciones.

En su primer sermón (Dt 1:6-4:40), Moisés repasa la historia reciente que los israelitas han vivido por cuarenta años desde que dejaron el Sinaí. Él le recuerda a la generación presente las importantes lecciones que deben aprender de la experiencia de sus padres. Su bienestar como un pueblo en la tierra, dependerá de que su amor y servicio a Dios sean con el corazón. El segundo sermón repasa en detalle la ley que es central para el pacto y la amplía en relación al futuro de los israelitas en la tierra. Moisés les recuerda a los israelitas los diez mandamientos y luego publica una poderosa exhortación a amar a Dios al obedecer sus leyes, haciéndolas absolutamente centrales para sus vidas y para las vidas de sus hijos:

> Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Grábate en el corazón estas palabras que hoy te mando. Incúlcaselas continuamente a tus hijos. Háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes. Átalas a tus manos como un signo; llévalas en tu frente como una marca; escríbelas en los postes de tu casa y en los portones de tus ciudades (Dt 6:4-9).

Las palabras de Dios pretenden instruir a Israel en cada área de la vida, porque solo así Israel llegará a ser verdaderamente una luz para las naciones. La religión no

es un asunto meramente privado: la ley de Dios debe permear cada parte de la experiencia de las personas.

Con frecuencia, los lectores modernos encuentran difícil de digerir la instrucción a Israel de echar fuera a las otras naciones de la tierra (Nm 33:50-54; Dt 7), pero esta parte del relato bíblico muestra sensibilidad a la inherente y potencial injusticia en la conquista israelita de las tierras que han sido el hogar de otros pueblos. De acuerdo con Génesis 15:16, Dios no quita la tierra de sus habitantes originales hasta que su pecado ha alcanzado tales niveles que ellos han perdido su derecho a ella. La decisión de desheredarlos es justa.

De hecho, el comportamiento de los cananitas alcanza tal depravación que el juicio, cuando llega por mano de los israelitas, ha sido largamente pospuesto. Debido a que los israelitas deben estar completamente comprometidos con el Señor, la presencia de otras culturas con otros dioses a la par del pueblo de Israel presentaría una constante tentación a la idolatría, minando la identidad de Israel como el pueblo del pacto de Dios. Por esto es que en Deuteronomio (en Dt 7:5; cp. Nm 33:52), la instrucción de desplazar a los habitantes originales de la tierra es parte de la exposición del primer mandamiento: «No tendrás otros dioses». Dios aplica también un severo juicio sobre su propio pueblo cuando ellos se vuelven de Él hacia la idolatría. La misma tierra que ellos conquistaron cae bajo el control de naciones que ahora los conquistan a ellos (ver 2 Re 17:5-8; 24).

Habiendo recordado a Israel de sus responsabilidades del pacto, Moisés propone delante del pueblo dos opciones para su futuro. Si ellos responden a la palabra de Dios con fe y obediencia, experimentarán vida, prosperidad y bendición. Si ellos responden con incredulidad y desobediencia, enfrentarán muerte, destrucción y

maldición (Dt 27-28; 30:11-20). Moisés motiva al pueblo a escoger la vida y la bendición al ser obedientes y luego él renueva el pacto con ellos y designa a Josué como su sucesor. Dios permite a Moisés ver la tierra prometida, aunque no entrar en ella. El libro de Deuteronomio termina con la muerte de Moisés en la frontera de Canaán.

REFLEXIONES PARA LA ACTUALIDAD

El apóstol Pedro describe a los seguidores de Jesucristo como «un pueblo escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios» (1 Pe 2:9 NVI). Luego él dice que, aunque los discípulos de Jesús han llegado a ser el pueblo de Dios, ellos (¡nosotros!) no siempre fueron tal pueblo (2:10). Hemos seguido los caminos que otros han establecido. Esta es una clara indicación de por qué es tan importante para nosotros conocer, aquí y ahora, el relato del antiguo pueblo de Dios, Israel. No estamos solos delante de Dios en el tiempo y en el espacio, sino que estamos dentro de una historia y tradición; somos parte de un relato mayor que está en marcha.

Pedro no inventó esas maravillosas frases que usa para describir a los cristianos, sino que fueron usadas previamente en el Antiguo Testamento para describir al mismo pueblo cuyos orígenes hemos estado siguiendo (Ex 19:3-6). Tomará el resto de la narración el explicar completamente cómo su relato puede ser también nuestro relato, pero aquí hay un rápido adelanto:

- Dios llama a Israel a ser modelo de lo que Él desea para la humanidad entera;
- Los israelitas no pueden vivir de acuerdo al llamado de Dios debido a su pecado;
- Jesús toma la misión de Israel, no solamente modelando la clase de vida que debía caracterizar al

pueblo de Dios, sino también expiando el pecado que siempre estaba entre nosotros y Dios, por medio de su muerte y resurrección;

- Jesús reúne una nueva comunidad que al final será verdaderamente el pueblo de Dios, porque su pecado es perdonado por medio de su sacrificio y sus vidas son llenas con su propio Espíritu.

Aquí, es donde nosotros entramos. Aunque somos muy diferentes del antiguo pueblo de Israel, es el mismo Dios el que nos llama. Debido a que compartimos el mismo llamado, el mismo propósito y la misma misión, la vida del antiguo Israel nos enseña, nos alerta, nos inspira y nos ayuda a vivir como el pueblo de Dios y a comprender sus caminos. Esta conexión entre el antiguo y el moderno pueblo de Dios, que abarca enormes distancias en el espacio y el tiempo, está implícita aun en las primeras historias bíblicas. Abraham fue llamado a tener una relación muy especial y personal con Dios y a disfrutar de la bendición de Dios en su propia vida, pero Dios también pretendía que estas bendiciones fluyeran a través de Abraham a otros que vendrían después. El propósito de Dios es restaurar la creación entera, no solo salvar un poquito de entre la destrucción de la rebelión humana.

De esta manera, Abraham y sus descendientes llegan a ser, por fe, aquellos a través de los cuales las bendiciones de Dios fluyen hacia la historia humana. Cada uno tiene una diferente experiencia de fe, Abraham lucha con creer, Isaac acepta con mansedumbre los preceptos de su padre, el independiente e ingenioso Jacob debe aprender a no depender de sus propios recursos, pero en cada caso es su confianza y creencia en las promesas de Dios lo que les lleva a una relación con Él y los llama a ser un canal de bendición para las naciones.

En el recordatorio de Génesis y en Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio—llamado el Pentateuco—se puede ver la vida de toda una nación, un pueblo llamado a demostrar lo que Dios quiere para toda la humanidad. Israel es llamado a ser una nación cuya vida es tan atractiva que las otras naciones serán conducidas a ellos y luego hacia el único y verdadero Dios. Ellos son redimidos de la esclavitud por la intervención directa de Dios, unido a su amoroso Padre por medio de un pacto y favorecidos con la misma presencia de Dios en medio de ellos.

Aquellos de nosotros que seguimos a Jesús vemos más continuidad que rareza, entre las experiencias del antiguo Israel y las nuestras. También hemos sido redimidos, rescatados no de la esclavitud egipcia, sino de la esclavitud del pecado. Nosotros, también hemos entrado en un pacto con Dios, no el pacto del Sinaí que fue mediado por Moisés sino lo que Jesús llamó «el nuevo pacto en [su] sangre» (1 Co 11:25). En vez de un tabernáculo y una columna de nube para recordarnos la presencia de Dios en nuestras vidas, tenemos la presencia viva del Espíritu Santo con y entre nosotros. Si nosotros, que hemos llegado tan tarde al relato bíblico, debemos comprender nuestro propio lugar en el plan de Dios para el mundo; si de hecho, debemos ser «un pueblo escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios», necesitamos entender con precisión este lenguaje de redención, de pacto y de presencia, y el manual para tal lenguaje es el Pentateuco.

La incredulidad y la desobediencia del pueblo de Dios, descrita en Números, traen el juicio de Dios y sirven como alerta al pueblo de Dios de la actualidad, a confiar y a obedecer (Heb 3:8-19). Deuteronomio tiene mucho que enseñarnos acerca de la vida en el pacto con Dios. Esta parte del relato nos muestra a Dios formando un pueblo, y ahora, nosotros somos parte de ese pueblo. Aun cuando

el relato continúa, vemos que ellos fallan en su llamado. Solamente la obra de Jesús al conquistar el pecado que ha impregnado la vida de Israel, puede formar un pueblo fiel a este llamado. El relato de Israel nos enseña y nos advierte. ¿Cómo llevará a cabo la iglesia su llamado?

NUESTRO LUGAR EN EL RELATO

1. Abraham fue escogido por Dios para ser un canal de bendición a otros. Si los cristianos debemos tomar esto como nuestra propia responsabilidad para la vida diaria, ¿qué diferencia haría eso en su iglesia?
2. Abraham, Isaac y Jacob tuvieron cada uno una relación con Dios, pero sus viajes de fe fueron bastante diferentes uno del otro. ¿Pueden los viajes de fe de la actualidad ser significativamente diferentes siempre que estén en última instancia enraizados en Cristo? ¿Qué elementos de fe acordaría la mayoría de los cristianos que son básicos para su relación con Dios? En su experiencia, ¿en qué formas difieren los viajes de fe de los cristianos?
3. Éxodo muestra que el pueblo de Dios es redimido de la esclavitud, unido a Dios en un pacto y disfruta la presencia de Dios en el campamento. ¿De qué manera son también verdaderas cada una de estas bendiciones para los cristianos? ¿De qué manera son diferentes para nosotros?
4. Aunque las leyes del Antiguo Testamento fueron dadas para ayudar a un pueblo a vivir de acuerdo al plan perfecto de Dios para la humanidad, algunas veces nos parecen extrañas porque fueron escritas para un tiempo y cultura muy diferentes. Si Dios nos diera un conjunto de leyes para el tiempo y lugar en el que vivimos, ¿qué podría Él pedirnos que hiciéramos en las siguientes áreas?

- Justicia
- Altruismo
- Gozo
- Gratitud
- Esperanza
- Verdad

5. A la iglesia del Nuevo Testamento se le recuerda la incredulidad y desobediencia en el desierto, como una advertencia de no cometer los mismos errores (1 Co 10:1-13; Heb 3:17-19). ¿Cómo puede ese relato permanecer como una advertencia para nosotros hoy?
6. Moisés le pide a Israel que escoja el camino de vida (Dt 30:11-20). ¿Cuáles son algunos caminos en los que la cultura secular ha escogido un camino de muerte? ¿Cómo pueden los cristianos escoger el camino de vida?